

TRES MOMENTOS PASIONALES...

Lo de pasionales tiene que ver, en primer lugar en su sentido propio: poner pasión, ser apasionado, estar apasionado. Y, en segundo lugar, como una acepción un poco forzada haciendo referencia, precisamente en esta Semana Santa, a tres momentos del camino hacia la cruz de Jesús: la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos, el Cireneo que ayuda a Jesús a llevar la cruz y cuando Jesús es depositado en brazos de su Madre después de morir.



I. La oración de Jesús en el Huerto de los Olivos (Mt 26, 36-39)

Apenas el hombre se separó de Dios¹, Dios lo empezó a extrañar, y pensó la manera de volverlo a su presencia. Y llegado el momento oportuno, envió a su Hijo Jesús, Dios y Hombre verdadero para que le recordara vitalmente su amor de Dios Padre-Madre.

Jesús aceptó el desafío y hace unos dos mil años, vivió entre nosotros y ello está reflejado en las páginas del Evangelio, dando cumplimiento al sueño de su Padre a lo largo de los

tiempos; podemos contemplarlo en la Biblia (el Antiguo Testamento), escrito por inspiración del Espíritu Santo.

En un primer momento lo vemos a Jesús, postrado, cara en tierra, llorando su aflicción. No tiene consuelo, no tiene compañía, no tiene a quién recurrir, está abandonado. Es un momento desesperante y desesperanzado...

¿Alguna vez pasaste por un momento así? Quién más quién menos, todos hemos vivido algo parecido pero en mucha menor dimensión, porque ser Dios-Hombre y ser rechazado no es lo mismo que ser simplemente hombre y ser rechazado. Pero, salvadas las distancias, Jesús se iguala a nosotros también en esta circunstancia (¡y se lo agradecemos!).

El proyecto de salvación propuesto por el Padre, fue aceptado, asumido, obedecido por Jesús aunque... en ese Monte de los Olivos, la noche cayó sobre Él. Lo rodeó por todas partes: la hora, las circunstancias... En soledad total, al menos esa sensación lo asaltó en aquel momento.

Tal vez hayamos vivido ese tipo de soledad. Lo recordamos. No quisiéramos haberlo sufrido. ¿Cuál fue mi reacción? ¿Igual que la de Jesús? ¿Fue como una angustia de muerte?

Sin embargo, ni el peor de nuestros sueños, podría compararse con la angustia de Jesús. Sudó sangre; sangre, sudor y lágrimas... decimos.

Se le obnubila la mente, se le contrae el corazón, se entorpecen sus palabras...

"Padre: si es posible que pase de mí este cáliz".

¹ Cfr. Génesis

MEDITACIÓN DE SEMANA SANTA

En el silencio de la noche del olivar, vibra su gemido –que no palabra-, casi gutural; más dicho con el pecho que con la garganta; hay sollozos. Los discípulos duermen... el pueblo, nosotros, estamos ajenos a todo.

Es su oración terminal. Sin embargo deja espacio para un diálogo con su Padre: "*si es posible...*".

No, no es posible. Los hombres necesitamos de tu entrega; necesitamos que calmes nuestra sed con tu libación del cáliz del dolor. Sí, es verdad, no lo merecemos, pero el amor de tu Padre es tal que no puede ocultarse ni con tu tremendo dolor y supremo sacrificio.

Y, orientando nuevamente el diálogo, con un susurro que se mezcla con el leve vaivén de las duras y pesadas hojas del olivar, apenas audible para los hombres pero estruendosa para el Padre, terminas tu oración confiada: "*Pero no se haga mi voluntad sino la tuya*".

Por fin he descubierto la verdadera oración. No se trata de lograr de Dios aquello que creo que me conviene, sino dialogar con Dios -inclusive interpelarlo-, para lograr entender las razones de mi vida, de mis logros, de mis sufrimientos, de mis gozos, de las luces y sombras que acompañan mis montes y llanuras, mis precipicios y mis playas, mis soles y oscuridades... Dios está por sobre todo eso... Jesús está conmigo en todo eso... a mi lado... en mi interior... ¿Lo veo, lo siento, lo escucho?

Yo también quisiera llegar a decir que no se haga mi voluntad, pero soy tan temeroso, tan pusilánime, tan cobarde... que me quedo solamente en un "si es posible que pase de mí este cáliz"...

Es por eso que te agradezco, Jesús, el que hayas completado tu frase y hayas asumido hasta el fin tu pasión, manifestando tu amor apasionado por mi endeble corazón de efímeras e infames pasiones.

II. El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz (Lc 23, 26)

A veces, muchas veces, se nos hace cuesta arriba el camino hacia la resurrección. Nos lo demostraste, Jesús, en tu propio camino de la cruz.

Nos ponemos en tu lugar, es una forma no creíble de decir, y comprendemos tu caminar inseguro, trastabillante, tus caídas, tus débiles ojos cegados por la sangre y el sudor, y tus lágrimas de dolor, que reflejan miles de desdibujados rostros humanos. También tu sordera a las imprecaciones y gritos que opacan y tapan las contadas voces amigas de enamoradas mujeres.

De pronto, no podés más, te caés. Cada caída es dolor y preocupación para los que te aman, pero también para los soldados, aunque por distintas razones: ¡Tenés que llegar! ¡Tenés que alcanzar el objetivo! ¡Tenés que cumplir la voluntad de tu Padre!

Aparece, entonces, en tu vida, el Cireneo, quien no tenía más que el propósito de curiosear o, peor aún, tu situación le estaba entorpeciendo su vuelta a casa después de una jornada agotadora de trabajo.



MEDITACIÓN DE SEMANA SANTA

Ahí nos reflejamos nosotros. La vida nos pasa por arriba, superficialmente, curioseamos, es pura liviandad. Nos detenemos en cosas sin sentido o de puro sentimentalismo. Nos enternecemos ante propuestas sensibleras y ocultamos la muerte de miles de niños antes de nacer; derramamos lágrimas por desastres naturales y no ponemos freno a situaciones provocadas por nuestros pecados sociales... Es así nuestra vida: un contrasentido permanente. Por todo ello, ¡perdón, Jesús!

La acción del Cireneo nos ayuda a reflexionar sobre lo que es o debiera ser nuestro servicio al prójimo.

Sea que nos veamos obligados, sea que lo hagamos de buena gana, sea que lo hagamos por necesidad, el bien siempre produce bien y el mal siempre produce mal. No es cierto lo de que "no hay mal que por bien no venga...". Eso es lotería.

Simón se encuentra ante a una circunstancia accidental frente a la cual debe decidir la manera de enfrentarla.

¿Será la oportunidad de colaborar en la redención de los hombres? ¿Será la acción de un "colaboracionista" de las fuerzas de represión extranjera (los romanos)? ¿Será una circunstancia enojosa que entorpece su vida cotidiana? ¿Será la ocasión de ayudar a una persona necesitada, para él desconocida?

En nuestras vidas, innumerables son y serán las contingencias por las que atravesaremos frente a la vida de los otros. En estos momentos, ¿cuál es mi actitud frente al prójimo necesitado? ¿Qué Cireneo será nuestro modelo a seguir? ¿El que es obligado?, ¿el solidario?, ¿el misionero?, ¿el misericordioso?, ¿el entusiasta?, ¿el oportunista?...

Jesús, desde la debilidad de su propio vía crucis y el de sus hermanos –nuestros hermanos-, nos está mirando pidiendo una mano para llevar la cruz. ¿Qué le vas a decir? ¿Pondrás excusas o asumirás el riesgo? ¿Dirás "hacé pasar de largo este cáliz" o "que se cumpla tu voluntad"? En tu mente está pensarlo, en tu corazón está el quererlo, en tus manos está ponerte en camino.

III. Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre (Jn 19, 32-35.38)

¡Ya está! ¡Ya pasó lo peor, Hijo mío! ¡Qué diferencia entre aquella Navidad y este nuevo nacimiento! Aquélla, toda felicidad desde la fragilidad; ésta, todo dolor para dar felicidad a los frágiles...



Ya en el camino de la cruz, la Virgen no habla, sólo mira y reza en su interior, le da fuerzas. Ella, a diferencia de los apóstoles, sí entendió lo que el Padre quiere y trata de ayudar a Jesús a cumplir su voluntad.

Diálogo en espíritu: confianza del Hijo depositada en su Madre; esperanza de la Madre depositada en el Hijo. Confianza y esperanza basadas en el amor trinitario para cerrar el círculo redentor de nacimiento, muerte y vuelta a la vida.

Acompañar a María en este momento, te deja sin palabras... Ella, con sus caricias sobre el cuerpo de Jesús y en silencio, va recorriendo los años vividos

MEDITACIÓN DE SEMANA SANTA

desde Belén, pasando por Nazaret para ¿terminar? en Jerusalén. Los que la acompañan la miran. No terminan de comprender. ¿Cómo puede ser tan fuerte en semejante situación?

Para eso dio el sí. Se fue afirmando en su debilidad, a fuerza de amor materno, de ternura, de servicio, de contemplación, de entrega a la misión, de confianza en el Hijo que era su Dios.

El acompañamiento de María a lo largo de la vida de Jesús, nos hace pensar que no hubiera podido darse la redención sin ella. Estuvo siempre, moldeando ese corazón para ser cercano al nuestro; educando sus sentimientos de ternura, afecto, fidelidad, comprensión, misericordia, cercanía. Así fue comprendiendo María, en su humildad, por qué Jesús fue Hijo único y ella, Madre de Dios y de la humanidad.

¡Qué combinación perfecta la de los dos! Si el hombre no tenía respuestas para su situación, ahora no existe situación que no tenga respuestas.

Y así nuestra vida va... del Hijo a la Madre, de la Madre al Hijo... Igual que las miradas de los que la acompañaban al pie de la cruz... aunque no se entiende, no entienden...

El amor de Dios por el hombre es infinito e incomprensible, por eso los ajenos, no dejamos de asombrarnos. Y ella, a pesar del dolor y del duro momento, inunda de paz los corazones angustiados de los que los rodean, porque ella está en paz, porque ella es Reina de la paz.

En el Hijo estamos todos presentes. Ella nos cobija, nos acaricia, nos susurra una canción de cuna o nos acompaña en el dolor, en el sufrimiento, en la desorientación, en las situaciones incomprensibles de la vida.

¡Qué regalo se hizo Jesús! ¡Qué regalo nos hizo Jesús! En este momento pensemos, además de acompañar a María en su dolor... pensemos también en dejarnos acompañar por María para comprender cada vez más y mejor, el profundo misterio de nuestra redención, pues ella tiene la clave para avanzar en la comprensión del Corazón de su Hijo.